



Rosa Fernández-Arroyo\*

# SOBRE MONTAÑAS

## Cuando el corazón y el cerebro no hablan el mismo idioma

**"PORQUE** vivir sin las montañas y lo que nos dan, es decir, sin su rebeldía y su libertad; no querer apreciar su raudal de belleza, es como no haberse enamorado nunca."  
Joaquín Araújo

Cómo explicar la pesadilla de los últimos meses juntando palabras opacas ante el ordenador. Hay que cumplir y dar la talla, hay mucho en juego, hay que quedar bien y por si fuera poco es imperativo dejar una brecha estratégicamente abierta al otro lado del muro, allá en ese reino más bien oscuro y anónimo de despachos y salas de reuniones donde se fragua el futuro. Y donde tan poco saben de montañas, pienso a veces.

Está siendo una tarea extraña, como nadar a oscuras. Una tarea desmesuradamente complicada para nuestra organización: demostrar que hay que conservar las montañas, y decir cómo hay que hacerlo. Me pregunto para qué servirá. ¿Puede que todo quede en otro informe más, otro más metido en un cajón, cuando lo que está en juego es el futuro de esos lugares que aún permiten soñar; cuando lo que está en juego es el futuro mismo de esos sueños?

\* Rosa Fernández-Arroyo es montañera, escaladora y bióloga. Actualmente preside la Asociación RedMontañas ([www.redmontanas.org](http://www.redmontanas.org)), plataforma que agrupa a particulares y colectivos preocupados por la defensa y el futuro de las montañas españolas. A lo largo de los últimos meses, y por encargo del anterior Ministerio de Medio Ambiente, un equipo de expertos de RedMontañas ha trabajado, bajo la coordinación de Rosa F. Arroyo, en la elaboración de un Programa estatal para la conservación de las montañas. Y las dificultades han aparecido, como casi siempre... cuando el corazón y el cerebro no hablan el mismo idioma...  
[rosaf.arroyo@gmail.com](mailto:rosaf.arroyo@gmail.com)



■ Cascada en la ruta de La Mira

Han sido meses reuniendo prolijamente razones para conservar montañas. Razones económicas, pragmáticas y utilitaristas. Recursos endógenos, desarrollo rural, externalidades, valorizaciones a través de mercado. Razones políticamente correctas. Razones para que el aparato sociopolítico-económico decida conservar montañas, y pistas para que el mastodóntico engranaje administrativo sepa cómo ponerse en marcha. Tal vez, una vez más, todo quede en palabras. Alguna razón se ha colado pequeña, como en voz baja: el

principio de cautela frente a la incertidumbre, la responsabilidad entre generaciones o el derecho de todo lo vivo a estarlo, suenan tan quijotescas razones en este mundo avaricioso que casi nacen censuradas.

Meses tanteando lo incomprensible, escribiendo en un lenguaje en el que trato de parapetarme frente a lo desconocido y aún peor, frente al desconocimiento más craso, azarada como un animalejo silvestre frente a las críticas de mis monstruos privados. Meses escribiendo sobre montañas económicas, sobre escenarios y perspectivas que no reconozco, meses en que una contradicción sin límites se ha estado irguiendo entre lo que siento en el fondo

del corazón y lo que mi raciocinio, martirizado por el sentido del deber, ha tenido que fabricar, inventar, ordenar, sobre el folio dócil, aburrido y perverso que es la pantalla del ordenador.

Hace unos días, la sensación de irrealidad era tan chocante que tuve que correr a cerciorarme de que todo eso sobre lo que no me he atrevido a escribir en estos meses aún existe: la soledad de unas cumbres y el sonido de una brisa de final de invierno en una montaña. Pero no sólo eso, también había que comprobar que los sentimientos siguen ahí, después de todo este tiempo en que la otra realidad parecía haber arrasado, como un inmenso rodillo, todo lo poético y lo subjetivo, toda la magia gratuita de las sensaciones, todo ese diálogo de la mente, tan añorado, frente a la belleza de las montañas.

Pensé en La Mira, ni muy célebre ni muy desconocida, una montaña con referencia humana pero dimensión agreste, suficientemente próxima para una loca excursión de unas horas pero lo bastante apartada y laboriosa como para que las sendas serranas sigan siendo eso, simples trazas o casi nada. Remontamos arroyos cantando en el deshielo. Ascendemos laderas con bloques de granito asomando entre la nieve. Por debajo de nosotros,

el valle glaciar se aleja despacio, hacia llanuras apacibles. El viento sopla en altura, arrastrando nubes sobre los perfiles del cordal. Escucho las certeras palabras de mi compañero: "Gredos en su máxima expresión: piornos, rocas, nieve, prados con agujeros, agua por todas partes y *nidiós*".

Y los paisajes de la calma siguen ahí, y las montañas siguen ahí y mi alma sigue sabiendo cómo vibrar. En la cumbre de la Mira me he sentado y contemplo, con el viento a la espalda. Nada que hacer, nada que desear. Desde esa cumbre a donde tantas veces antes; en donde tantas veces con amigos o en soledad. Esa cumbre balcón. Tantas veces y sin embargo ávidamente contemplo como si nunca antes,

contemplo como si nunca más. Desde lo alto de la Mira, sí, miro y obedezco a ese nombre que es una orden y a la vez toponimia, obedezco y presencio cómo el paisaje entero se va volviendo circular, suficiente y perfecto. En el cielo, un extenso halo ha encerrado hace rato al sol en el centro de una diana, y un buitre negro gira despacio, con la montaña entera colgando de sus alas; gira en círculos cuyo eje es exactamente la redonda torre de la cumbre, en medio de ese cielo opalescente, en tránsito.

Hoy estoy frente al ordenador como un alquimista entre sus probetas o un chef entre sus ollas. Pero las fotos de hace dos semanas me recuerdan que no fue un sueño aquella excursión de dos furtivos y felices ladrones de imágenes y fotos. Dejo que los aromas y los susurros destilen despacio, que la sonrisa se expanda y pienso que la mejor razón para conservar montañas está aún por escribir y necesitaría un enorme anexo de muchos megas: "Porque yo las amo", diría. Y a continuación "Firmado:" Y ahí, cientos de miles de nombres en miles de folios, de todas las mujeres y los hombres que en todos los tiempos hemos amado y amaremos las montañas.

Manzanares el Real,  
1 de abril de 2008. □



FOTOS DE LA AUTORA

■ La primavera se anuncia en la ruta de La Mira

■ En la cima de La Mira

